

LA PRESENTACION.

(21 de Noviembre.)

I.

Arrastraba el Cison sus orgullosas
Corrientes, que á los turbios vendabales
Del equinoccio hervian espumosas,
Sus fértiles riberas deleitosas
Inundando de rojos arenales.

Brillaba una corona diamantina
De nieves en la cima gigantea
Del Carmelo, y la escarcha matutina
Cubria con su antorcha cristalina
La llanura feraz de Galilea,

Cuando los dos esposos emprendieron
De Salen el camino trabajoso:
Y huyendo del invierno riguroso,
Atravesar los valles resolvieron
Sendero largo mas, no tan penoso.

Dejaron, pues, las áridas llanuras
Y los desnudos montes de Samaria,
Cuya tierra, fecunda en quebraduras,
Torrentes espumosos y en oscuras
Cuevas, jamas fué al bueno hospitalaria.

Y bajando de lo alto del Carmelo
Por la dulce pendiente embalsamada,
Entraron de Saron en la llanura,
Que es el mas fértil y salubre suelo
Que hay en aquella tierra fortunada.

Ornan sus feracísimas riberas,
Aromáticos cedros y palmeras
Cimbradoras, y espesos abedules,
Tilos de flores cárdenas y azules,
Ricos viñedos y húmedas moreras.

Allí ostenta su espléndida espesura
El plátano, delicia de los valles,
Y el viejo olivo de inmortal verdura,
Sombra á las cepas da, jugo y frescura,
Formando entre ellas dilatadas calles.

Al abrigo de nópalos y encinas,
Terebintos, abetos y granados,
Brotan allí jaspeadas clavellinas,
Renúnculos y rosas purpurinas,
Cárdenos lirios y alhelis violados.

Tal era la region, y es todavía,
Por donde lentamente caminaban
Los venturosos padres de MARIA:
Y por gozar sus auras y alegría,
El camino de intento prolongaban.

Que, aunque henchidos de amor y reverencia
Para con Dios, sus pechos paternales,

En el tiempo al pensar de aquella ausencia,
Sentian asaltar ansias mortales,
Su vejez preveyendo y su indignancia.

Así un dia tras otro su camino
A la santa ciudad siguiendo fueron,
Y desde un cerro á la ciudad vecino,
Al resplandor del astro matutino,
Un dia de Salen las torres vieron.

A las postreras luces temblorosas
Del sol del medio dia, por la puerta
Entraron de Efrain, y por sinuosas
Y angostas callejuelas tenebrosas,
Dirigieron los dos la planta incierta.

De edad Ana y Jeaquín bien avanzada,
Largo el viaje, el camino fatigoso,
De la familia de Ana y su linage,
Mansion, de gente mísera posada,
Se alojaron con ansia de reposo.

Repuesto en breve del penoso viaje,
Buscó Joaquin los cándidos presentes
Del religioso y sólito homenaje,
De la familia de Ana y su linage,
Convocando á la par á los parientes.

Y presto ya el cordero sin mancilla,
Que debia servir de ofrenda pura,
Y de harina un gomor, cuya blancura
Escedia á la nieve que al sol brilla
Del empinado Líbano en la altura,

Subió la numerosa comitiva
Con espléndidos trages adornada,
Del Dios Omnipotente á la morada,
Y á su frente marchaba con fé viva,
Superior á su edad, la presentada.

En el patio exterior á do primero
Llegaron, que jamas traslimitaba
Bajo pena de muerte el estranjero,
Ante el dorado pórtico severo,
De gentes multitud les aguardaba.

De la casa del rey los oficiales
Eran, los sapientísimos doctores
De la ley, fariseos fingidores,
Levitas, magistrados, generales,
Y matronas ilustres y señores;

Pues quiso Jehová que la dichosa
Virgen, que por recónditos caminos
Venía destinada á ser su esposa,
Llegase á su morada suntuosa,
Con pompa conveniente á sus destinos.

II.

Detuvo el paso lento
La fausta comitiva,

Tocando el pavimento
Del encumbrado *chel* (1),
Y la profana gente
La faz humilló altiva,
Ante la faz ardiente
Del Sumo de Israel.

De Nicanor la puerta
Giró sobre sus gonces:
Entró Miriam incierta
Del sacerdote en pos,
Y pudo el pueblo entonces
Mirar por un instante,
El fondo centelleante
De la mansion de Dios.

Sus bóvedas doradas
Con oriental riqueza;
Sus piedras afirmadas
Con llantas de metal;
Sus sólidos pilares
Do apoyan en su alteza
Los techos tutelares
Del santuario real.

El pórtico sagrado
Pasó Miriam: su planta,
En la comarca santa
Siguieron nada mas
Sus padres y parientes,
Y víctima mas pura
En su real clausura
No penetró jamas.

En el umbral postrero
De un patio, donde crecen
El verde limonero
De amarillenta flor,
El tamarindo umbroso
Y el lauro, que estremece
Con ruido sonoro
De perennal verdor,

Los viejos sacerdotes
Y los levitas graves,
De cánticos suaves
Y del salterio al son,
A recibir salieron
A la sin par MARIA,
Que á Jehová ofrecia
Su casto corazón.

Fué el blanco corderillo
Sacrificado: el fuego
De sus entrañas luego
La carne consumió:
Se hicieron libaciones
De aceite, sangre y vino,
Ante el altar divino
Do el holocausto ardió.

(1) El *chel* era un espacio de diez codos entre el patio de los gentiles y el de las mujeres.

El platos de oro puestos,
Los destrozados restos
De la inmolada víctima
Se hicieron repartir,
Segun de aquellas gentes
Costumbre, á los parientes
De Ana, que sus lágrimas
No acierta á reprimir.

Tendieron de MARIA
Sobre la real cabeza,
Un velo, de pureza
Virgínea señal;
Como la nieve blanco,
Mas de menor blancura
Que la inocencia pura
De su alma virginal.

Y el viejo Zacarias
Que, sacerdote sumo,
Entre una nube de humo
Sagrado apareció,
Desde el umbral, propicio
La víctima aceptando,
De Dios para el servicio
La Virgen reclamó.

Rompiendo entonces todos
Los maternales lazos,
Tomando entre sus brazos
A la hija de su amor,
Condujo á sus piés Ana
A su gentil MARIA,
Tan llena de alegría
Como ella de dolor.

"Señor, dijo la madre,
A Dios traigo en ofrenda
De bendicion, la prenda
Que dió á mi ancianidad.
A Dios la consagramos,
Y Dios nos la reclama:
Nosotros acatamos
Su santa voluntad."

El sacerdote alzando
A la postrada anciana,
Le dijo: "Vuelve, Ana,
A tu tranquilo hogar.
Al que de Dios gnarece
La proteccion suprema,
Bajo su amparo crece
Seguro ante el altar.

Vuelve á tu hogar, anciana,
Y hasta su puerta amiga,
De Jehová te siga
La bendicion en pos.
No pierdas tus vigiliass
En maternales quejas,
Porque á tu hija dejas
Encomendada á Dios."

Diciendo así el pontífice,
Con brazos cariñosos
Bendijo á los esposos
Y al pueblo despidió.
Y del sagrado templo
Tras de las puertas de oro,
MARIA con el coro
De vírgenes quedó.

LIBRO TERCERO.

MARIA EN EL TEMPLO.

I.

Castísima paloma,
Cuyo sereno vuelo
En la region del cielo
A remontarse va:
Vapor de suave aroma
Que en odorante nube
Hasta el alcázar sube
Mansion de Jehová:

Flor del Eden preciosa,
Cuyo capullo abierto
Derrama en el desierto
Su celestial olor;
Tu esencia misteriosa
Permaneció ignorada
En la infeliz morada
Del siervo del error.

El hombre es un gusano:
Sus ojos son de tierra,
Y en ellos luz no encierra
Para mirarte á tí.
Nublado el ojo humano
Por míseros antojos,
Brillar no ve en tus ojos
La luz de Adonáf.

Reina del sol, que germen
Y luz da á la campiña,
Terreno sér y niña
Te cree Jerusalem:
Sus razas que en tinieblas
De vanidad se aduermen,
Del vicio entre las nieblas
A Dios en tí no ven.

Tú, de virtud sagrario,
Al templo te acogiste:
Tú, que elegida fuiste
Por templo de Emanuel.
Morar en su santuario
Tu magestad queria,
Cuando morar debía
En tus entrañas El.

De su santuario dentro,
Bajo sus techos de oro,
Tu sér como el tesoro
De mas valor guardó:
Y el silencioso centro
De su mansion sagrada,
Sondar la vista osada
Del hombre no dejó.

¿Qué fueron de tu infancia
Las horas en el templo?
Tú, de virtud ejemplo
Y virginal uncion,
Creciste cual las flores
Que doblan su fragancia
Y avivan sus colores
Al par de la estacion.

Tesoro de las glorias
Del Hacedor del dia,
Rosal de Alejandría,
Ciprés de Jericó,
Las místicas memorias
De tu niñez dichosa,
De sombra misteriosa
El cielo circundó.

Oculto, guarecida
Bajo el sagrado velo,
Esencia contenida
En hidria de cristal,
Joya de Rey guardada
Con precavido anhelo,
Semilla conservada
Debajo de un fanal,

Moraste en los palacios
Del dueño de la vida,
A tu Señor unida
Con misteriosa union:
Y en tí su Ser moraba,
Y el tuyo á El. Llegaba
Salvando los espacios
Tu férvida oracion.

Tú, Virgen escogida
En su saber profundo,
Para traer al mundo
La fé y la salvacion,
Sus juicios ignorabas,
Mas por la fé impelida,
A Dios le consagrabas
Tu limpio corazon.

Tú, Reina de los seres
Que el paraíso moran,
Tú, cuya huella adoran
Los justos de Sion,
Al polvo descendiste
Del sér de las mugeres,
Y entre ellas te impusiste
Grosera ocupacion.

Tú con las otras *almas* (1)
Del templo habitadoras,
Pasaste largas horas
Callando tu alto sér.
En adornar las palmas
Y entreteger las flores
Del templo, y en labores
Humildes de muger.

Tus dedos transparentes
Hilaron diligentes
Los linos de Pelusa,
Las sedas del Cedar:
Tu mano soberana
Tejió la blanca lana
Que el sacerdote usa
Velando en el altar.

Tú, cándida y modesta,
Al místico servicio
De Dios siempre dispuesta
Velabas sin cesar:
Y un dia y otro dia,
Del cruento sacrificio
En la solemne fiesta
Se oia tu cantar.

Leal, caritativa,
Sincera y obediente,
Con todos indulgente
Y en todo sin igual,
Imágen eras viva
De la virtud suprema,
Que da inmortal diadema
Al alma del mortal.

Así creciste, pura
Emanacion del cielo,
Embalsamando el suelo
Y el templo de Israel.
Tú, escelsa criatura,
Muger divina y santa,
A cuya régia planta
La luna da escabel.

Así pasando fueron
De tu niñez los dias,
En tanto que adquirias
Las fuerzas y la edad,
Para que en tí cumplida
La ley que te impusieron
De dar al mundo vida,
Viera la humanidad.

Pasaron así bellos
Los dias de tu infancia,
En tu apartada estancia
Del templo de Salen;
Llegando detrás de ellos
Los dias de amargura
Que á nuestra raza impura
Franquearon el Eden.

(1) Llamábanse *almas* todas las vírgenes que se educaban en el templo, lejos de las miradas de los profanos.

¡Ay! cuando á luz naciste
Para salvar la tierra,
Al mal te sometiste
De su fatal mansion:
Y del dolor que encierra
La bárbara agonía,
Pronto, ¡ay de tí! debía
Herir tu corazon.

En vano consagrabas
La voz de tu pureza
Al Dios de quien enviabas
Tu corazon en pos:
Su rayo se encendia
Sobre tu real cabeza,
Y que acatar habia
La voluntad de Dios.

II.

Acercábanse ya los misteriosos
Dias de llanto, en cuyas lentas horas
Se debían llenar los tenebrosos
Designios del Señor. El solamente
Penetraba el hondísimo misterio
De nuestra Redencion: su sábia mente
Percibía no mas la luz futura
Que, para bien de la terrena gente,
Iba á alumbrar la lobreguez impura
De su mansion: su poderosa mano,
Preparaba á los tiempos el camino:
Y momento á momento, grano á grano,
Iba en la eternidad inmensurable
Arrojando implacable
Las fugitivas horas el destino.

Temblaban los espíritus del cielo,
Aguardando el instante pavoroso
En que del gran misterio tenebroso
La justicia de Dios rasgara el velo.
Y temblaban las almas
De Abraham en el limbo detenidas,
Ansiando, de él para salir, las palmas
Por el cielo á los justos prometidas:
Y temblaba el monarca del infierno
Esperando en sus lóbregas moradas,
El punto en que sus puertas quebrantadas
Iba á pasar el Hijo del Eterno.

El universo entero todavía
Su porvenir recóndito ignoraba,
Y ya el ángel precito adivinaba
Los destinos futuros de MARIA.
La voluntad de Dios no le dejaba
Llegar de la dichosa nazarena
Al alma virginal, que vió en el mundo
Entrar de culpa original ajena:
Y en su saber y en su furor profundo
Sentía el pié de la que así nacía
Hollar triunfante su cerviz impía.
Ella empero ignorante

Del porvenir augusto, orando á solas
 Consigo misma, y del Señor delante,
 Del mar del porvenir no percibía
 Crecer y embravecerse á cada instante
 El viento airado y las hirvientes olas.

Mas íbanse á romper todos los lazos
 Que ligaban su espíritu á la tierra,
 Antes que el germen que su sangre encierra
 Fecundara el aliento omnipotente,
 Y recibieran sus maternos brazos
 Al Rey eterno de la humana gente.
 Era preciso que la flor de mayo
 Sobre su tallo se apoyara sola,
 Para que el fuego asolador del rayo
 Cayese entero en su gentil corola.

¡Oh tú, la pura entre las almas puras,
 Bella sin par entre las mas hermosas,
 Que por las sendas de la tierra oscuras,
 Obediente á las leyes misteriosas
 De Jehová, tus huellas
 Hacia el sangriento Gólgota encaminas,
 Ya no hollarán tus piés sendas de rosas,
 De hoy mas tan solo pisarán espinas!

Antes que sus virtudes salvadoras
 De tu alta gracia el talisman ejerza
 En pro de nuestras almas pecadoras,
 Tú, madre de los huérfanos, es fuerza
 Que huérfana te veas, que devores
 Tu tiempo en soledad, y pues nacistes
 Para ser el consuelo de los tristes,
 Fuerza será que con los tristes llores.
 Fuerza es, ¡oh Madre del amor divino!
 La hiel que apures del pesar humano:
 Es fuerza que al dolor de tu destino
 No se iguale jamas dolor humano,
 Para que al darte de su Madre el nombre
 En su afliccion, tu nombre soberano,
 Símbolo de tu duelo sobrehumano,
 Bálsamo sea del dolor del hombre.

Primero que de rayos inmortales
 Se corone tu cándida cabeza,
 Tu duelo es fuerza que á tu gloria iguales:
 Apresta, pues, tu alma á la fiera
 De tus hondos destinos celestiales.
 Tu paz concluye do tu gloria empieza,
 Y aquí se empieza, celestial MARIA,
 El cáliz á llenar de tu agonía.

El anciano Joaquin, la vista fija
 En su hermosa Miriam, su domicilio
 Mudó á Jerusalén, y al pié del templo
 Para vivir mas cerca de su hija,
 Compró, de sus parientes con auxilio,
 Una pobre mansion, donde él y Ana
 Eran de amor y de virtud ejemplo,
 Muestra viviente de bondad humana.

Hacia ya dos lustros que no oía
 El rumor de los olmos y las cañas
 De Nazaret, cuando al morir de un dia
 De otoño el tibio sol, sintió que hería
 La mano de la muerte sus entrañas.
 Su último aliento recogió en el pecho
 Por alargar un poco la existencia,
 Su alma con religiosa diligencia
 Tornando á Dios desde el mortuorio lecho.
 Su postrimer deseo procurando
 Ana cumplir, al templo fué llorando
 Al sumo sacerdote Zacarías
 A avisar que llegaba
 Su esposo al fin de sus cansados dias.
 Acudió presuroso
 El sacerdote austero
 A la mansion del moribundo esposo,
 Mas no llegó el primero:
 Ya su faz con sus lágrimas regaba
 MARIA, que con paso mas ligero
 De llegar acababa,
 Y que á las manos de su padre asida
 Tal vez con sus suspiros intentaba
 Algun suspiro más darle de vida.

En su cariño paternal, profundo,
 El espirante padre al sacerdote
 Encomendó cuanto en el triste mundo
 Dejaba: la hija que á sus piés gemía
 Y la muger con quien partido habia
 En la prosperidad y en la indigencia
 El placer y el pesar de la existencia.

Los ojos de Joaquin, iluminados
 Por el Señor en su postrer instante,
 El glorioso esplendor, el sol brillante
 Percibió de los dias reservados
 A aquella hija divina que le llora,
 Y una sonrisa iluminó el semblante
 Del noble viejo, luz consoladora
 Que le mostró su eternidad radiante:
 Y sus manos poniendo en la cabeza
 De aquella hija del mundo salvadora,
 Espiró sin congoja ni agonía,
 Del alma pura la mortal corteza
 Dejando entre los brazos de MARIA.

Su cuerpo devolvieron á la tierra
 La noble virgen y la madre anciana,
 Y sobre el mármol que á su bien encierra
 Lloraron á su bien MARIA y Ana.
 Cuando de llanto el natural tributo
 Pagó al amor su corazon doliente,
 Del mármol se alejaron tristemente
 Para esconder su soledad y luto
 La hija del templo bajo el áureo techo,
 La viuda al pié de su vacío lecho.

Once lunas despues . . . es una tarde
 Apacible y serena:
 El sol, de luz en el postrer alarde
 De rojo sesplendor el aire llena,
 Y su esplendente claridad tendiendo

Por la estension del cárdeno horizonte
 Como un manto de púrpura, derrama
 Desde la cima del escelso monte
 Su temblorosa llama,
 Que como vasto incendio reverbera,
 Con su postrer fulgor enrojeciendo
 Valle, bosque, ciudad, rio y pradera.

El dia de la fiesta de las flores
 Celebra el pueblo de Judá; se escucha
 El suave són del cántico sonoro
 Del templo y por los aires se levanta
 El humo azul del incensario de oro,
 Que con el aura al elevarse lucha
 Fugaz lamiendo la techumbre santa.
 MARIA de las almas entre el coro,
 Acompañada del salterio canta
 Himnos de gracias al Señor, y el mundo,
 En cuanto abarca su ámbito invisible
 Desde el zenit al bátrato profundo,
 Mudo y atento para oír se inclina
 El eco dulce de su voz divina.

Su delicioso celestial sonido
 Derramado se espesce por el viento,
 Y embelesa el oido
 De todo sér, y ahoga todo ruido
 Que existe en aire, tierra y firmamento;
 Y á los acentos de su voz suaves
 Las rumorosas auras se adormecen,
 Las sonoras corrientes enmudecen,
 El eco olvidan de su voz las aves,
 Y en su lecho de arena movediza
 Lentas las olas de la mar se mecen,
 Y el agua amarga que su són hechiza
 Dulce se torna y de placer se riza.

Empero Dios que como rey domina
 La eternidad y el tiempo, y cuyas leyes
 Ningun encanto á su favor inclina
 Como el poder de los humanos reyes,
 Las fuentes del dolor abre entretanto
 En la alma de Miriam, y en sus enojos
 Aguarda el fin de su armonioso canto
 Segunda vez, para anegar en llanto
 La casta luz de sus serenos ojos.

Un anciano levita á quien seguía
 Una muger cubierta con un velo,
 La ceremonia al concluir el dia
 La instó á seguirle con doliente anhelo.
 Obedeció la cándida doncella
 Y del materno hogar á la morada
 De ambos detrás encaminó la huella.
 Al umbral de su puerta aglomerada
 Reunion de mugeres silenciosa
 Esperaba sin duda su llegada,
 Compasiva tal vez, tal vez curiosa,
 "¿Qué es esto, hermanas mias?
 Preguntólas Miriam sobresaltada,
 ¿Por qué en el mas alegre de los dias
 Delante de mis puertas os encuentro
 Veladas, taciturnas y sombrías?

¿Qué mal se alberga de mi casa dentro?
 Mas las mugeres á su voz callaron
 Y apartándose ante ella, de la puerta
 El paso la franquearon.
 Con angustiado afán, con planta incierta
 En la morada penetró MARIA,
 Y en la primera estancia que halló abierta
 Donde una turbia lámpara lucia,
 A su madre encontró.—No estaba muerta
 La anciana todavía:
 Mas con la vista próxima á apagarse
 La buscaba afanosa,
 Incapaz de explicarse
 Con voz ni con acción mas cariñosa.
 Sonreír dulcemente
 La vió la hija infeliz al acercarse
 Al solitario lecho,
 Y al abrazarla con filial ternura,
 Con el postrer aliento de su pecho
 Un beso maternal grabó en su frente,
 Y al querer la divina criatura
 Volvérselo á su vez, su boca pura
 Apoyó en su cadáver solamente.

De dolor tan intenso
 Por el impulso repentino herida,
 De la madre perdida
 Cayó sobre los míseros despojos,
 Llenos quedando en su dolor inmenso
 Su alma de hiel, de lágrimas sus ojos.

Cuando el siguiente dia,
 La misma tumba que á Joaquin encierra,
 De la esposa el cadáver recibia,
 Sobre el haz de la tierra
 Solo quedaba en orfandad MARIA:
 Mas de Dios á los fallos resignada,
 De religiosa abnegacion ejemplo,
 A la merced de Dios encomendada,
 Al amparo de Dios volvióse al templo.

III.

Serena es la noche:
 Con luz argentina
 La luna ilumina
 La humana region,
 Y el cielo, que de astros
 Sembrado destella,
 Desplega sobre ella
 Su azul pabellon.

Serena es la noche.
 Su lánguida calma
 Infunde en el alma
 Dulcísima paz;
 Meciendo las hojas
 Del árbol, suspira
 El aura que gira
 Sonora y fugaz

Ya duermen ahogando
Las aves el pio:
Cerrada al rocío
Ya duerme la flor.
Detras de los astros
Que pueblan la altura,
Radiante fulgura
La faz del Señor.

Al fuego del faro
Por Dios encendido,
En sueño sumido
Reposa Israel,
Cual rey, que, acampado
En tierra vencida,
Reposa cercado
De ejército fiel.

Allí, tras sus muros
De recia espesura,
Callada y segura
Se duerme Salen:
Quebrando los tibios
Nocturnos reflejos,
Brillar á lo lejos
Sus techos se ven.

Sobre una colina
Sus torres levanta
La fábrica santa
Del rey Salomon,
Del templo acotando
Los santos confines,
De frescos jazmines
La amena estension.

Sus vírgenes *almas*
Cultivan en ellos
Los árboles bellos,
Las plantas sin par,
De que hacen fragantes
Guirnaldas vistosas,
Con que ornan piadosas
El templo y altar.

En cámara, á cuyas
Ventanas vecinas
Movibles cortinas
Los árboles dan,
Envía á los cielos
Con fé solitaria
Su casta plegaria
La triste Miriam.

Allí en su escondida
Sombria vivienda,
A Dios se encomienda
Con fervida fé,
Pidiendo una aura
De dulce consuelo,
Que alivio en el duelo
De su alma la dé.

Su ser invisibles
Arcángeles guardan:
Querubens aguardan
Su pura oracion,
Y á Dios se la llevan,
Tendiendo triunfantes
Las alas brillantes
A la alta region.

Segun le atraviesa,
Perfuma el espacio:
La gloria embelesa
Su místico son:
Y en forma de aroma
Que siente y que vive,
Aspira y recibe
Jehová su oracion.

Mas llora al enviársela
Miriam: que es amarga
Su pena, y es carga
Cruel de llevar;
Y solo contemplan
La tierra sus ojos,
Cual campo de abrojos
Que va á atravesar.

Su espíritu, ignaro
Del sér en que existe,
Rebelde resiste
Tan íntimo afan:
Y en sí el gran misterio
Que encierra ignorando,
Al cielo llorando
Se vuelve Miriam.

Sus gotas de ardiente
Purísimo lloro,
En un vaso de oro
Recoge Gabriel.
¡Rocío de gracia!
¡Esencia de fuego,
Que habrá de ser luego
Salud de Israel!

IV.

Y en esta misma noche
Tristísima, fué cuando
A solas contemplando
Su mísera orfandad,
Al sumo Dios hacia
La cándida MARIA
Un voto de perpetua
Y fiel virginidad.

PLEGARIA DE MARIA.

“Señor, pues que me dejas
Sobre la tierra así,

LIBRO CUARTO.

MARIA ESPOSA.

I.

Lució para Miriam la misteriosa
Edad de los ensueños celestiales:
La edad en que se juzga mas dichosa
La mujer en sus sueños virginales.
Edad lejana aún de la azarosa
Epoca de los recios vendabales
De la vida, en que vamos en bonanza
Vogando por el mar de la esperanza.

Feliz adolescencia que perfuma
La fé con aromáticos olores:
Cielo sereno que jamas la bruma
Empaña, ni aquilon con sus furores:
Mar de zafir cuya argentada espuma
No á impulso de huracanes bramadores
Hierva, sino del aura al suave aliento
Se mece con sonoro movimiento.

Bella edad del amor, afortunada
Estacion de los goces de la vida:
En la cual ni esperanza hay engañada,
Ni amigo ingrato, ni ilusion perdida.
Pradera de mil flores esmaltada
Que á reposo y placer solo convida:
Breve edad de brevisima ventura
Que hace mas breve aún nuestra locura.

Felices, generosos, lisonjeros,
Floridos, inocentes quince años:
En los que ignora el hombre los arteros
Lazos del mundo loco y sus engaños:
Edad en cuyos dias placenteros
Se ven y no se creen los desengaños;
Vestíbulo dorado de esta vida,
Mansion del llanto, del dolor guarida.

Llegó esta edad para Miriam: su seno
De juventud y de vigor henchido,
Sintió, aunque á instintos de impureza ageno,
Del corazon del juvenil latido:
Del fuego del amor le sintió lleno
Y hácia el amor con fuerza compelido;
Mas como era su amor hijo del cielo,
Hácia él tendió su corazon el vuelo.

Su alma libre de la carne impura
Amorosa á los cielos se elevaba,
Y en piélagos de amor y de ternura
Celestes se perdía y se estasiaba;
Y quebrantando la prision oscura
De la tierra, amorosa se exhalaba,
Y del divino amor en Dios bebia
Torrentes de balsámica ambrosía.

Desde hoy viviré en ella
Tan solo para tí.

Renuncio á la esperanza
Del porvenir: jamas
Levantará hombre alguno
Mi velo virginal.
Señor, yo te consagro
Mi casta soledad,
Señor, vuela á tí puro
Mi espíritu inmortal.

“Señor, pues que me dejas
Sobre la tierra así,
Desde hoy viviré en ella
Tan solo para tí.

Circunde en hora buena
Mi solitario hogar
La niebla infamadora
De la esterilidad.
Señor, á tí tan solo
La huérfana amaré:
¿Ni á quién sino á tí puede
Su corazon amar?

Señor, pues que me dejas
Sobre la tierra así,
Desde hoy viviré en ella
Tan solo para tí.

Tú vives en mi pecho,
Y en él no caben ya
Livianas sensaciones
De afecto terrenal.
Mi oido atento solo
Para tu voz está:
Mi corazon abierto
Para tu amor no mas.

Señor, pues que me dejas
Sobre la tierra así,
Desde hoy viviré en ella
Tan solo para tí.”

Así en su amargo duelo
Decía á Dios Miriam:
Mas ¿ante quién se tuerce
La ley de Jehová?
Sus santas oraciones
Hasta su trono van;
Pero mudar no pueden
Su eterna voluntad.

Escrito estaba, y pronto
Su velo virginal
Iba á dejar la esposa
Colgado ante el altar.

Aquella flor divina, conservada
Del templo en el seráfico recinto
Y del Señor para el jardín criada,
Huía de la tierra por instinto.
Y entreviendo sus riesgos, espantada
Resistía del mundo el laberinto
Penetrar, y al Eterno consagrada
Vivir quería en su feliz morada.

Allí do en humo vagaroso y denso
Suben á Dios desde la sacra loma
Perpetuas nubes de amoroso incienso,
Anida aquella mística paloma.
Allí el arrullo de su amor intenso
Al Dios que el mar y las tormentas doma,
Bajo forma de místicos cantares
Eleva desde el pié de sus altares.

Y al crepúsculo blanco de la aurora
Que llena el universo de alegría,
Y cuando el tibio sol las cumbres dora
Con el reflejo postrimer del día,
Y á la luz de la luna inspiradora
Siempre de celestial melancolía,
Himno perpetuo de su amor levanta
Y al Dios que adora interminable canta.

Así Miriam la hermosa primavera
Creyó pasar de su inocente vida,
Olvidando la ley, tal vez severa,
Mas honrada en Judá y obedecida,
Que obligaba á las vírgenes, cualquiera
Su condicion que fuese, esclarecida
O humilde, á sustraerse al afrentoso
Celibato en los brazos de un esposo.

II.

No la olvidaba en su rencor empero
Luzbel, que odiando su inmortal pureza,
Poner ansiaba el universo entero
Entre el pié de Miriam y su cabeza.
No la olvidaba, y con profunda ira
Dejando las mazmorras del infierno,
A la region voló donde respira
La Virgen predilecta del Eterno.

Era la noche en que Miriam de hinojos
Del templo en la vivienda solitaria,
A Dios volviendo los amantes ojos
Enviaba á Dios su virginal plegaria.
El rey de las tinieblas sus enormes
Alas plegó sobre erial colina,
Entre unas ruinas lóbregas é informes
Desde las cuales la ciudad domina.

Al estender su perspícaz mirada
Por el recinto de Salen dormida,
Vió á Miriam por los ángeles velada,
E ir al cielo en sus alas conducida
La oracion de sus labios exhalada.

Defendida al hallarla por el cielo,
En lugar de ceder con miedo santo
Sintió crecer su despechado anhelo,
Y dió un rujido, á cuyo son de espanto
Estremeciósese de Salen el suelo:
Y ansioso de venganza ó de pelea,
Volvió á cernerse con siniestro vuelo
Por cima de los pueblos de Judea.

Tres veces dió de la ciudad la vuelta
En derredor de sus sagrados muros,
Y de su forma colosal, envuelta
En pliegues de vapor densos é impuros,
La masa informe por el aire suelta
Dibujó sus contornos inseguros
En la alfombra de mieses y de viñas
Que tapiza sus fértiles campiñas.

En tanto que la tierra registraba
Con ojo que penetra cuanto existe,
Una infernal sonrisa iluminaba
Su faz ceñuda siempre y siempre triste.
Digno tan solo de él un pensamiento
Traidor, que fermentaba su cabeza,
Hízole imaginar por un momento
Que podría asaltar su osada mano
Y manchar la castísima pureza
De aquella blanca flor, á la que en vano
Cercó con el vapor de la torpeza.

Permaneció un instante suspendido
Entre el cielo y la tierra en absoluta
Torva inmovilidad, embebecido
En meditar su vengadora idea:
Y con una señal vista tan solo
De sus malditos súbditos y de ellos
No mas obedecida,
Convocó en torno de él cuantos de un polo
Al otro tienen terrenal guarida.

Acudieron al punto aquellos seres,
Que sus hondos proyectos infernales
Vienen á realizar sobre la tierra,
Y bajo el dulce nombre de placeres
A inocular el germen de los males
En el vicioso corazón, que encierra
El pecho de los míseros mortales.

Bajó Luzbel á un valle que la luna
No iluminaba ya, y en torno suyo
Teniendo á los espíritus, que aduna
Su voluntad satánica y á cuyo
Torcido instinto sus proyectos fia,
Les dirigió la voz de esta manera,
Mas con eco tan débil que se hundía
Entre el rumor del aura en la pradera.

"Toda Israel conoce á la doncella
Que entonaba en la fiesta de las flores
Los cánticos del templo. No hay en ella
Mas que gracia y virtud, luz y primores;
Es fuerza empero que su imagen bella,
Revestida de impúdicos colores,

De todos los mancebos en la mente
Como sombra de amor se represente.

Ornáos, pues, de mirtos y de rosas,
Tomad las formas leves y risueñas
De aquellas creaciones licenciosas
De Grecia, al hombre vil siempre halagüeñas:
Corred sobre sus alas aromosas
Las ciudades, los valles y las breñas,
Y el torpe corazón de los mancebos
Abrid á un nuevo amor, de instintos nuevos.

Haced que escuche sin cesar su oído
Y se alce sin cesar en su memoria,
De su mágico cántico el sonido
Y de su vida la virginea historia;
De su amor, para todos prohibido,
Haced que aspiren todos á la gloria,
E inflamad de Miriam por la hermosura
Una pasión universal é impura."

Dijo: su infanda idea comprendiendo,
Las infernales genios sus secuaces
Se desbandaron, en silencio hendiendo
El seno de la atmósfera fugaces;
Y de su rey el pensamiento horrendo
Ellos no mas de realizar capaces,
De las moradas de Israel el fondo
Comenzó á emponzoñar su hálito hediondo.

Empezó su satánica presencia
A turbar las pacíficas mansiones,
Y empezó su maléfica influencia
A filtrarse en los torpes corazones;
Y cuantos de Israel la efervescencia
Del juvenil ardor de las pasiones
Dominaba, á la Virgen recordaron
Y con la imagen de Miriam soñaron.

Mas aunque el maleficio del infierno
Intentó su castísima belleza
Profanar, ante un soplo del Eterno
Se disipó: en su espléndida pureza
Se pintó de las almas en lo interno
De los mancebos, y en su ruin vileza
Cuantos la imagen de Miriam soñaron
Cual celeste vision la recordaron.

III.

En alas, no de la pasión liviana,
Sino de amor respetuoso y casto,
Llegóse á demandarla por esposa
La juventud hebrea: los ancianos
Ministros del Señor y sus tutores,
La demanda á Miriam participaron,
Y la virgen que á Dios se había ofrecido,
Escuchó sus palabras con espanto.

"Jamás, dijo, jamás con hombre alguno
Podrán unirme conyugales lazos:
De mi virginidad y de mi vida

Hice voto al Señor, y quebrantarlo
No osaré." Los ancianos, á tan nueva
Revelacion, de asombro se llenaron,
No comprendiendo un voto que en Judea
Era, á su parecer, voto insensato.

La ley universal de las mugeres
Hebreas; la deshonra y el escarnio
De la esterilidad, pues prometian
Al pueblo de Israel santos oráculos,
Que aquel Mesías rey, no de otra tribu
Que de la tribu de Judá ser vástago
Debia; el ser Miriam la mas ilustre
Doncella de linage tan preclaro;
Imposible en las leyes de su pueblo
Hacian de Miriam el voto casto.

¡Ah! ¿Ni cómo oponerse á los designios
De Dios, que siglos antes que del caos
Brotar hiciera los diversos mundos
Que pueblan los abismos del espacio,
Por sus fines secretos y recónditos,
Lo habia así en su mente decretado?

De un terrenal amor la llama débil
Parece á Miriam un fuego escaso
Para su ardiente corazón; mas fueron
Sus ruegos y sus lágrimas en vano.
Los severos tutores á sus deudos
A reunion doméstica invitaron,
Para elegir para Miriam esposo
Digno con ella de partir el tálamo.

Habia entre los hombres
Que de Miriam la mano pretendian,
Muchos de ilustres nombres,
Que de su misma raza descendian;
Hebreos poderosos,
Que al esplendor de su elevada cuna
Unian orgullosos
Los timbres de la gloria y la fortuna:
Herederos de gefes y magnates,
Que volvieron un tiempo, de despojos
Cargados, con honor de los combates,
O cubiertos los pechos
De gloriosas heridas;
Y que á los propios y extranjeros ojos
Eran, por su opulencia ó por sus hechos,
Las glorias de la patria mas queridas.
Hombres, que por su herencia ó hechos bravos,
Poseian palacios esplendentes,
Y campos florecientes,
Y vencidos ó bárbaros esclavos.

Habia agricultores,
De fértiles campiñas y viñedos,
Y huertos y olivares,
De ganados sin número señores;
Y en las riberas del Jordan amenas,
Eran dueños de mieses y colmenas,
Y de tribus enteras de pastores;